



A 200 años de la gran victoria de Montevideo

Miguel Angel De Marco *

A raíz del agravamiento de la situación en todos los frentes, la Asamblea General Constituyente reunida en 1813 decidió adoptar medidas contundentes para modificarla. Manuel Belgrano había sido derrotado en Vilcapugio y Ayohuma, circunstancia que acentuaba la posibilidad de un verdadero desastre en el norte; el general José Rondeau realizaba un sitio “formal” a Montevideo, pues carecía de hombres y recursos y contaba con la oposición de Artigas, de quien

se pensaba que se hallaba en connivencia con los españoles; los revolucionarios chilenos estaban a punto de perder por completo el dominio de su patria.

La Asamblea había demostrado su determinación de romper toda atadura formal con España y a la vez entendido que era indispensable poner fin al Triunvirato para concentrar en una persona la conducción de los negocios públicos. Detrás

(*) El autor es presidente de la Academia Nacional de la Historia y Ciudadano Ilustre de Rosario.

del primer director supremo, Gervasio Antonio Posadas, estaba su sobrino Carlos de Alvear, por entonces principal ejecutor de las decisiones de la Logia Lautaro, quien sabía que para poner fin a la presencia realista en Montevideo no era suficiente sostener fuerzas terrestres sino que era indispensable formar una escuadra con el objeto de cerrar el círculo por el Río de la Plata.

A pesar de ello, no todos estaban dispuestos a apoyar esas ideas. Por otra parte, Posadas vacilaba, y fue necesario todo el ascendiente de sus consejeros para convencerlo de que serían vanos los esfuerzos de la Revolución mientras estuviera flanqueada por el baluarte de Montevideo, cada vez más poderoso. Era inútil sitiarse la plaza si no se completaba el cerco con el bloqueo. Además, la importancia de la caída de Montevideo podía ser tan inmensa que valía la pena correr el riesgo que la empresa naval aparejaba.

Cuando se decidió la creación de la escuadra hubo que adquirirlo todo. Pero gracias al empeño del antiguo vocal de la Primera Junta, Juan Larrea, y del norteamericano White, en pocas horas se decidió la compra de algunos de los contados buques anclados en la rada. Eran barcos mercantes a los que diligentes carpinteros les practicaron troneras para colocar los cañones. Pese a todo, y merced a los esfuerzos empeñados, en menos de dos meses los bajeles argentinos estuvieron listos para operar contra la escuadra española.

Resultaba necesario acertar en la designación del comandante de la flota; y después de algunas discusiones el gobierno decidió nombrar a Guillermo Brown. Este irlandés de 36 años, nacido en Foxford, condado de Mayo, había navegado como marino mercante por el Atlántico y el mar de las Antillas antes de ser tomado como “botín de leva” por los ingleses y puesto a trabajar en un buque que fue abordado por una nave francesa. Brown fue conducido como prisionero de guerra a Metz y luego a Verdún, de donde logró fugar. Continuó su carrera mercante en Gran Bretaña. Al parecer llegó al Plata en 1809 y reunió algunos recursos mediante su trabajo como propietario y capitán de naves de cabotaje. Su golpe de vista y su valor lo ayudaron a convertirse muy pronto en un auténtico conductor militar.

Con indomable energía puso orden en su flota: la fragata *Hércules*, donde afirmó su insignia; cuatro corbetas, un bergantín y varias embarcaciones menores. Buena parte de los buques llevaban nombres ingleses. Además del mal estado de las naves, debió lidiar con oficiales y tripulantes pertenecientes a distintos países, sin que faltaran algunos forajidos sacados de las prisiones. Había criollos, aunque en ínfima proporción.

Cuando ponía orden en sus bajeles (fragata *Hércules*; corbetas *Céfiro*, *Belfast*, *Agradable* y *Halcón*; bergantín *Nancy* y sumacas *Itatí* y *Trinidad*, a las que se incorporarían luego las goletas *Esperanza*, *Juliet* y *Fortuna*, la balandra *Carmen* y la cañonera *Americana*, más los faluchos *San Martín* y *San Luis* tomados a los españoles), Benjamín Franklin Seaver,

que había sido candidato al comando de la escuadra y también ostentaba las insignias de teniente coronel, se negó a ser su subordinado y pretendió actuar por su cuenta, pero el gobierno ratificó que quien comandaba en jefe era Brown.

Brown se sobrepuso a las circunstancias. Vistió el uniforme naval y actuó como un verdadero veterano en materia de organización y disciplina. A su extraordinario temple unía una inteligencia natural y un don innato para apreciar las situaciones tácticas más favorables. Esas cualidades, que se conjugaron con el arrojo de sus subordinados, le permitirían culminar con éxito la campaña para la que había sido convocado.

MARTÍN GARCÍA Y ARROYO DE LA CHINA

Al enterarse el jefe irlandés de que el capitán de navío Jacinto de Romarate, al mando de una escuadrilla, se dirigía a Martín García para protegerla de eventuales ataques, ordenó el alistamiento general que le permitiría zarpar en su demanda. El 8 de marzo de 1814 mandó izar su insignia en la *Hércules*, cuyo capitán era Elías Smith, y levó anclas junto con la *Céfiro* (comandada por Santiago King) y la *Nancy* (a las órdenes de Ricardo Leech). Al día siguiente zarparon la *Julietta* (teniente coronel Seaver), la *Fortuna* (capitán Pablo Zufriategui), el *San Luis* (capitán Handel) y la *Carmen* (capitán Spiro). Como puede apreciarse, uno solo de los jefes había nacido en el Río de la Plata.

Romarate estaba decidido a dar batalla y vencer. Esperó las naves argentinas en el canal de Martín García, al sudoeste de la isla; acoderó sus buques principales (2 bergantines, 1 sumaca y 1 cañonera) y mandó colocar un cañón en tierra.

Mientras la *Fortuna*, la *Carmen* y el *San Martín* intentaban sorprender por el canal del norte o el canal del Infierno a la retaguardia enemiga, operación en la que no tuvieron éxito, el grueso formó en línea de fila y el mediodía del 10 de marzo marchó hacia el enemigo.

Abrió la marcha la *Julietta*, que poseía un buen práctico, y la seguían la *Hércules*, la *Céfiro* y el *Nancy*. Al iniciarse el enfrentamiento, la capitana perdió a su práctico y varó sobre el veril del canal a tiro de los fusiles de las tropas de desembarco enemigas que disparaban desde la isla. Quedó en una posición tan comprometida, que ni siquiera pudo utilizar la artillería. Se intensificó el fuego enemigo y murieron Seaver y Smith. Dada la situación, las naves que ambos habían comandado abandonaron a la *Hércules* sembrada de muertos y heridos, con cerca de ochenta impactos en el casco y el velamen destruido.

Brown no se dejó intimidar y sus hombres, acostumbrados a las más duras peleas, a los abordajes corsarios y a las mil peripecias de la vida del marino, se aprestaron a intentar un nuevo ataque.

Al repuntar la marea, la *Hércules* zafó de su varadura y se dispuso a restañar sus heridas. Se taparon los agujeros sobre la línea de flotación con cueros vacunos secos, y se



pasó brea a todo el casco, el cual tomó un color que le dio a la nave el mote de *la fragata negra*. Brown era consciente de que si no obtenía un triunfo, el gobierno y la opinión pública tan poco entusiasmados con la escuadra, desconfiarían de su futuro accionar. Así, no vaciló en organizar una operación de desembarco, para lo cual contó con el apoyo de tropas acantonadas en la Colonia. Puso sus fuerzas a las órdenes del capitán inglés Ricardo Baxter, a quien secundaba el criollo teniente Oroná. Con la *Hércules* lista para navegar el 14 de marzo, al día siguiente se produjo el ataque. Fue rápido y exitoso, y Romarate, que tras pedir apoyo naval a Montevideo navegaba por el río Uruguay, quedó cortado y sin posibilidad alguna de reunirse con los buques del Apostadero. Sin embargo, recibió apoyo de Otorgués, uno de los lugartenientes de Artigas, sin que en su animadversión hacia los porteños le importara que auxiliaba a un enemigo común.

El valiente jefe español se aprestó a dar batalla a los seis buques enviados por Brown para perseguirlo, frente a Arroyo de la China (hoy Concepción del Uruguay). Acoderó sus naves a la entrada de ese afluente del Uruguay y al avistar los barcos patriotas, pasado el mediodía del 28 de marzo, comenzó un violento bombardeo. Fue una lucha a quemarropa, donde ambas partes hicieron prodigios de coraje. El capitán Notter, jefe de la expedición y comandante de la sumaca *La Santísima Trinidad*, murió en medio del horrible bombardeo que sufría su barca; sus oficiales Miguel Smith, Ángel Hubac y Bartolomé Ceretti fueron heridos. Finalmente, se hizo cargo de la sumaca el griego Nicolás Jorge. Éste, ayudado por el despensero Leonardo Rosales, llamado a convertirse en uno de los héroes de la Armada Argentina,

pudo apartar la nave. Mientras tanto, la balandra *Nuestra Señora del Carmen*, a las órdenes de Spiro, quedaba atrapada y también era acribillada. El capitán puso a salvo a sus tripulantes, alcanzó una tea a la santabárbara y voló la nave.

Si bien la escuadra sufrió grandes pérdidas materiales y humanas, se había cumplido el propósito de aislar a Romarate, que no podía franquear la salida del Uruguay.

BLOQUEO Y CAÍDA DE MONTEVIDEO

Brown, multiplicándose en su puesto de comandante en jefe, se aprestaba a bloquear Montevideo. Carecía prácticamente de todo y se resentía de la falta de suficientes jefes capaces de pelear con los españoles que se mostraban decididos a combatir hasta el fin en pos de mantener el último bastión de Fernando VII en el Plata. Además, crecía su animadversión hacia “el filosofante señor White”, que procuraba dar el mando de las naves a personas que le eran adictas.

Concluidas las reparaciones de los buques, pasó a la Ensenada y desde allí zarpó el 14 de abril hacia Montevideo, enarbolando al tope de sus naves la bandera de tres franjas, celeste, blanca y celeste. El 19, desde lo alto de las murallas, el catalejo del brigadier Gaspar Vigodet, “capitán general del Río de la Plata y Chile”, le mostraba dichas insignias y también los rápidos movimientos de los barcos argentinos, que tomaron presas españolas y portuguesas.

A medida que transcurrían los días, se tornaba más difícil la situación de la plaza oriental a raíz del bloqueo. Vigodet

le ordenó al jefe del Apostadero, capitán de navío Miguel de la Sierra, que algunas naves salieran a combatir a los patriotas al mando del capitán de fragata José Primo de Rivera. Éste manifestó la imposibilidad de hacerlo por las falencias de la artillería de varios de sus buques, pero al parecer temía una derrota.

En los primeros días de mayo, Brown tuvo la percepción del triunfo. Poco a poco llegaron y se pusieron en línea la *Agradable*, la *Santísima Trinidad* y el *San Luis*, completando el cerco que imponían la *Hércules*, la *Belfast*, la *Céfiro*, la *Nancy* y la *Juliet*, todas mandadas por europeos.

Privado del apoyo de Romarate y de sus comandantes y tripulantes corsarios, el jefe del Apostadero contaba con naves pesadas y poco maniobrables en su mayoría, si bien poseía el veloz y bien artillado queche *Hiena*. Sin embargo, presionado por Vigodet, Sierra salió con sus buques para enfrentar a Brown. Enarboló su insignia en este buque, en vez de hacerlo en la fragata *Mercurio*, y salió en la madrugada del 14 de mayo.

El comandante en jefe argentino, dispuesto a arrastrar a los adversarios a aguas más profundas y a combatir fuera del puerto para cortar una posible retirada, se alejó hacia la isla de Flores. Sierra recogió el señuelo y siguió la persecución. A media mañana, en la punta del Buceo, Brown mandó mediante su sistema de señales disminuir velas y seguir la estela de la capitana. Viró y se enfrentó con la *Mercurio*, con la que mantuvo un tremendo duelo de artillería.

Los buques españoles *Palomo* y *Neptuno* no habían podido entrar en combate. Pero el valeroso corsario catalán que mandaba su bajel *Pepe el Mahonés*, auxiliado por la balandra *La Podrida*, logró recapturar el *San Luis* y tomar otras dos lanchas. El comandante del falucho, Clark, que había sido herido, murió cuando iba a abandonarlo.

El día terminó sin una definición clara, y en la siguiente jornada no fue posible realizar operaciones de importancia por la falta de viento. Pero tanto los sitiados como los sitiadores se enteraron con sorpresa que el *Hiena* había desaparecido y con él el comandante español Sierra.

El 16, por la tarde, la *Hércules* y la *Belfast* se acercaron a la retaguardia realista, sin contar con el apoyo de la *Agradable* y el *Nancy*, que se movían con lentitud. Brown decidió trasladar su insignia a la sumaca *Itatí* y desde allí cañoneó al enemigo, hasta que sufrió una fractura en una pierna por el inesperado desplazamiento de un cañón. Fue devuelto a la *Hércules* y mandó las operaciones de persecución que se completaron el 17 de mayo de 1814 con la prisión o huida de la mayoría de los buques españoles.

El queche *Hiena* reapareció y logró sortear el bloqueo y entrar a Montevideo, pues Brown prefirió asegurar sus presas en vez de perseguirlo.

Cuando el 23 de mayo llegó a Buenos Aires para curar su herida, con varias presas y prisioneros, fue recibido como un héroe. Mientras tanto, el bloqueo continuaba al mando de Oliverio Russell. El 10 de junio estaba al frente de la escuadra y por la noche ordenaba bombardear Montevideo.

La gravitación del combate naval de Montevideo en las operaciones futuras de la guerra de la independencia fue advertida no sólo en el Río de la Plata, sino que los consejeros militares de Fernando VII le hicieron ver la necesidad de armar cuanto antes una nueva expedición sobre el Río de la Plata, ya que se habían dedicado los mayores esfuerzos para remontar la que a las órdenes de Pablo Morillo se dirigió a la Costa Firme para aplastar la revolución en Venezuela y Colombia.

Once días después cesaron las hostilidades, y el 23 la plaza capitulaba por tierra y por río. Comandaba las tropas sitiadoras Carlos de Alvear, que recogía junto a Brown los





laureles de la victoria, aunque recién se pusiera al frente de ellas luego del triunfo en las aguas del Plata, restándose a Rondeau, que fue relevado para beneficiar al sobrino del director supremo Posadas.

Alvear negoció con Vigodet la entrega de Montevideo. El acuerdo determinó que las fuerzas realistas podrían retirarse a España con sus buques y armas y que los patriotas tomarían la plaza “en depósito” y en nombre de Fernando VII, con lo que se mantenía, a pesar de las medidas de la Asamblea General Constituyente, “la máscara de la monarquía”.

El 22 de junio los soldados de Fernando VII cedieron la fortaleza del Cerro al regimiento 2 de Infantería, que enarboló la bandera española como se había estipulado en la capitulación.

Al día siguiente, el teniente coronel Nicolás de Vedia, quien se hallaba al frente del regimiento 6 de *Pardos y Morenos*, recibió las llaves de la plaza, mientras los adversarios comenzaban a salir por el Portón de San Juan y las tropas ocupantes ingresaban por el Portón de San Pedro encabezadas por Alvear con su escolta y estado mayor. Eran los regimientos de infantería 3 *de la Estrella*, 6 y 9; los zapadores, el Regimiento de Artillería de la Patria, dos escuadrones del Regimiento de Granaderos a Caballo, el resto de los *Pardos y Morenos*, cuatro escuadrones de dragones, un piquete de caballería, y finalmente las fuerzas que previamente habían ocupado posiciones de vanguardia. Alvear, con el subterfugio de que el director supremo no había ratificado el armisticio, ordenó la captura de todos los enemigos y la toma de su armamento. La población civil padeció los excesos y robos permitidos por Alvear, y esa circunstancia ensombreció el esfuerzo heroico de Brown y sus hombres y agudizó aún más los

enconos y prevenciones de los montevideanos con respecto a los porteños.

Vigodet fue puesto en libertad poco después, junto con todos sus oficiales, pero las tropas de origen americano y los negros que prestaban servicio militar fueron distribuidos en los ejércitos de las Provincias Unidas. Constituían un total de 7.000 hombres. En cuanto al armamento, aparte de 500 cañones de distintas características y calibres, se obtuvieron 9.000 fusiles con sus bayonetas, otras muchas armas blancas, pólvora, proyectiles y todo tipo de implementos. Junto con un importante depósito de uniformes, fueron empleados durante bastante tiempo por los soldados patriotas. Por su parte, quedaban bajo la vigilancia de las naves de Brown 99 embarcaciones de variadas características, aunque muy pocas de gran porte.

El Directorio, con una imprevisión inadmisibles, se desprendió de la escuadra. Las naves fueron rematadas o vendidas, algunas directamente (por ejemplo la *Belfast* y la *Agreable*) con beneficios para White, operaciones de las que no salieron limpios Larrea ni el mismo Posadas, que las autorizaron. De ese modo, el gobierno dejaba la defensa de las aguas a los corsarios que, como el propio Brown, Bouchard y muchos otros, protagonizarían luego increíbles hazañas.

El último episodio de esta sangrienta campaña fue la rendición de Romarate, que se produjo el 6 de julio, tras lo cual este digno adversario regresó a su patria luego de tocar Río de Janeiro.

Finalizaba una importante etapa que se completó con la posterior toma de Carmen de Patagones, y se alejaba el peligro de que confluyeran, contando con el punto de apoyo de Montevideo, tropas realistas de distintos puntos y derrotaran definitivamente a la Revolución.